

Técnica, visión y vida cotidiana:

una lectura de Christian Ferrer

Apunte de cátedra | Primer año

“Mal de ojo. El drama de la mirada” (1996) es un libro de Christian Ferrer sobre la relación entre técnica, visión y poder. El texto propone una serie de reflexiones que retoman el mismo problema desde distintos ángulos: de qué manera los sistemas técnicos de cada época organizan la atención visual, qué formas de ver habilitan y cuáles obturan. Este apunte recorre los ejes conceptuales más importantes del texto del prólogo y el capítulo llamado “La obligación”.

1. Ver y la obligación de ver

El punto de partida de Ferrer es una distinción que estructura todo el argumento del libro. El acto de ver es continuo e involuntario: los ojos registran mientras estamos despiertos e incluso, de algún modo, mientras dormimos. Pero sobre esa capacidad física opera algo de otro orden: lo que Ferrer denomina la obligación de ver.

El sentido de la vista es, evidentemente, continuo (prosigue incluso durante el sueño); pero la obligación de ver es de otro orden.

La obligación de ver refiere a los mecanismos históricos y sociales que dirigen la atención visual: las instituciones, las tecnologías, los espacios arquitectónicos y los sistemas de luz que organizan hacia dónde van los ojos, qué se supone que debe captarse y qué significado debe atribuirse a lo percibido. No se trata de una coerción directa ni consciente. Se trata de una disposición que cada época construye y que los sujetos incorporan como si fuera natural. Un ejemplo concreto: durante décadas, la distribución del living en los hogares se reorganizó físicamente alrededor del televisor. Los muebles se giraron hacia la pantalla. Esa reorganización del espacio doméstico muestra cómo un sistema técnico orienta los cuerpos y las miradas sin que nadie lo decida de manera consciente.

Ferrer señala que en los últimos dos siglos esa obligación de ver no se explica por mejoras fisiológicas en la capacidad visual ni por el avance de las tecnologías en sí mismas, sino porque el *régimen de visibilidad dominante* de cada época predispone a creer lo que en su interior se ve. Ese régimen es, en sus propios términos, un régimen político: incluye ciertas realidades y excluye otras, habilita ciertas interpretaciones y bloquea otras.

La obligación de ver

No es la capacidad biológica de ver, sino el conjunto de mecanismos sociales, tecnológicos e institucionales que organizan hacia dónde se dirige la atención visual y qué significado se atribuye a lo que se percibe. Cada época histórica construye sus propias formas de obligar a ver.

2. Las tecnologías como orientadoras de la visión

Una de las ideas centrales del libro es que las redes mediáticas e informáticas no son la causa originaria de las transformaciones en el orden de la visión. Son, en gran medida, su consecuencia. Aparecen porque ya existía una disposición social y subjetiva que las hacía posibles y deseables. Pero una vez instauradas, esas tecnologías se vuelven activas: refuerzan y reproducen determinadas formas de ver, y obturan otras.

Me interesa proponer a las redes mediáticas e informáticas como orientadoras de la visión y como voluntades de poder que pretenden instaurar una matriz total al interior de la cual un modo de pensar y de vivir queda enmarcado y desde la cual el mundo se expone ante nosotros.

Ferrer compara estas tecnologías con cristales de aumento que fijan formas en lo visible, o con ranuras a través de las cuales el mundo se recorta y se vuelve panorama. No ofrecen una ventana neutra sobre la realidad: construyen un encuadre desde el cual la realidad se presenta, y ese encuadre tiende a naturalizarse, a volverse invisible como tal. Cuando se busca algo en Google, los primeros resultados no son los más verdaderos sino los más optimizados para aparecer primero. El sistema decide qué se ve y en qué orden, y esa jerarquía tiende a naturalizarse: lo que aparece arriba parece más confiable. El encuadre se vuelve invisible precisamente porque se presenta como neutro.

Esta operación de naturalización es, para Ferrer, uno de los rasgos más significativos del funcionamiento técnico. Las tecnologías visuales no se presentan como encuadres sino como acceso directo a lo real. En esa invisibilización de su propio carácter de encuadre reside parte de su eficacia.

3. Violencia técnica y coerción visual

Ferrer denomina violencia técnica a la presión que los sistemas de luz e imagen ejercen sobre la percepción y sobre los modos de vida que se vuelven pensables en una época. La expresión puede sorprender porque no remite a imágenes de contenido violento ni a agresiones directas. Refiere a algo más estructural: la forma en que la orientación de la mirada implica siempre, también, una restricción de la mirada.

Orientación sensorial es, no pocas veces, un eufemismo por privación sensorial. Un ojo encabestrado o enjaezado¹ es una óptica cegada: no percibe ni el foco que lo ilumina ni el punto ciego de ese foco ni la fuente personal de donde emana la visión.

La imagen del ojo enjaezado es central en el argumento. Las anteojeras no eliminan la visión: la restringen hacia adelante para impedir que el animal perciba lo que hay a los costados. Los sistemas técnicos de visión operan de manera análoga: no suprimen la capacidad de ver, pero recortan el campo perceptible de tal modo que lo que queda fuera del encuadre deja de ser relevante o, directamente, deja de existir como objeto de atención. Las plataformas de streaming sugieren qué ver a partir del historial de cada usuario. Esa personalización parece una ventaja, pero produce un campo visual cada vez más estrecho: se ve más de lo que ya se vio, y lo que queda fuera de ese perfil deja de aparecer. La orientación se vuelve, progresivamente, restricción.

Este fenómeno se vincula con lo que Ferrer llama *ocularcentrismo*: el régimen cultural en que la vista se erige como el sentido privilegiado para conocer y controlar el mundo, y en que quien organiza lo visible organiza también buena parte de lo que una sociedad considera verdadero. En ese marco, los sistemas técnicos de visión no son instrumentos neutros de transmisión de imágenes: son dispositivos de poder que establecen jerarquías entre lo visible y lo invisible.

Violencia técnica y ocularcentrismo

La violencia técnica refiere a la presión estructural que los sistemas de visión ejercen sobre la percepción: al orientar la mirada, restringen simultáneamente el campo de lo perceptible. El ocularcentrismo es el régimen cultural que convierte a la vista en el sentido privilegiado del conocimiento y el control, haciendo que quien organiza lo visible organice también lo que se considera real.

4. La historicidad de los dispositivos visuales

Ferrer articula su argumento sobre la técnica y la mirada a través de una perspectiva histórica. No hay para él una historia evolutiva de la técnica, en la que cada dispositivo supere al anterior en dirección a un progreso de menor a mayor. Lo que hay, en cambio, es una sucesión de sistemas de luz que instalan sus propios encuadres y desplazan a los anteriores, presentándose en cada caso como el modo natural de acceder al mundo.

El recorrido que propone incluye el vitral gótico, las tecnologías de iluminación urbana, el neón, la televisión y la pantalla de computadora. En cada caso, la nueva tecnología lumínica no simplemente amplía las posibilidades perceptivas: produce un nuevo régimen de visibilidad que torna opaco y obsoleto al anterior. Ferrer cita el efecto que produjo la primera iluminación

¹ “Encabestrado” y “enjaezado” vienen del mundo de los caballos. Un animal encabestrado está sujeto y dirigido; uno enjaezado lleva los arreos que le ponen para manejarlo. En el texto, esas palabras se usan para hablar del ojo: no es un ojo libre para ver, sino un ojo guiado, condicionado o limitado por algo externo.

eléctrica en Buenos Aires, en 1853, tal como lo registró la prensa de la época: toda nueva experiencia de la luz se magnifica con relación a la anterior, siendo más extrema, vuelve a la otra mortecina.

Esta lógica permite comprender que las tecnologías visuales contemporáneas no representan un punto de llegada sino un momento histórico más de esa disputa por orientar la atención. La pantalla del teléfono, con su brillo permanente y su capacidad de captura de la atención, reproduce la misma operación que describió Ferrer: se vuelve el encuadre desde el cual el mundo se presenta, y ese encuadre tiende a naturalizarse hasta tornarse invisible como tal.

Ferrer concluye que comprender el proceso técnico requiere ir más allá tanto del rechazo indignado como de la aceptación entusiasta, actitudes que describe como variaciones simétricas de una misma respuesta irreflexiva. La tarea analítica consiste en preguntarse qué condiciones históricas hicieron posible una determinada tecnología, qué formas de ver habilita y cuáles restringe, y qué efectos produce sobre la subjetividad y los modos de vida colectiva.

Resumen explicado de cátedra en base al texto de Christian Ferrer, Mal de ojo. El drama de la mirada, Buenos Aires, Ediciones Colihue, 1996.